



CIUDADANÍA Y VALORES
FUNDACIÓN

Simposio internacional: Inmigración y Globalización

Impacto de los inmigrantes españoles en el
desarrollo social y económico de Puerto Rico

*José Luis Fernández
Senior Program Advisor.
Córdova Congressional Internship Program.
The Washington Center*

21 de enero de 2011

Impacto de los inmigrantes españoles en el desarrollo social y económico de Puerto Rico

José Luis Fernández Castellanos

Muy buenos días.

Siento un enorme placer de poder estar compartiendo este espacio junto a ustedes en este Simposio Internacional sobre Inmigración y Globalización, en España, la tierra de mi padre y también de mi madre, que aunque Cubana de nacimiento, y criada en Puerto Rico, sus abuelos eran Españoles, así que aunque nací en Puerto Rico, de aquí también vengo yo.

Mi agradecimiento a la Fundación Ciudadanía y Valores por esta invitación como preámbulo al extraordinario encuentro que pronto tendremos en San Juan, Puerto Rico, una gestión que mi amigo Alfonso Aguilar y yo hemos iniciado, y que contará con el respaldo del Dr. José Jaime Rivera, presidente de la Universidad del Sagrado Corazón, al igual que del gobierno, del sector privado y de la organización The Washington Center a la cual estoy vinculado en Washington, DC como director del programa de Puerto Rico.

A diferencia de mi amigo Alfonso, no soy experto en temas de inmigración, pero ante la solicitud de preparar un escrito, comparto esta presentación con ustedes. Originalmente, el enfoque sería particularmente sobre el impacto de la migración española en el desarrollo de Puerto Rico, pero quiero darle otro giro.

La inmigración española a Puerto Rico fue la más numerosa e importante en el siglo XIX.

La influencia de España en América continúa teniendo vigencia, no solo en la época de la colonización, sino también en la historia contemporánea de los pueblos Americanos, esto a pesar de su desvinculación política como en Puerto Rico. A partir de los años cuarenta, y como consecuencia de la Guerra Civil Española, Puerto Rico recibió, al igual que otros países hermanos, una ola de reconocidos intelectuales que significó una influencia de gran envergadura en todos los ámbitos culturales de la vida del país. El exilio Español de 1939 supuso una corriente renovadora y determinó una continuidad en su positiva contribución a los intereses de la Isla hasta llegar a transformarse como símbolo de un nuevo hispanismo.

Debemos recordar que la inmigración española a Puerto Rico surge desde la época colonial en la Isla, descubierta por Cristóbal Colón en 1492 al servicio de España y colonizado después cuando los conquistadores españoles junto a Juan Ponce de León se instalaron.

Hoy precisamente, en estos momentos el Gobernador de Puerto Rico Luis Fortuño, junto a una delegación de oficiales del gobierno y empresarios Puertorriqueños y Españoles residentes en la isla se encuentra en Santervás de Campos en Valladolid, en la ceremonia de conmemoración de los 500 años de la gobernación de Juan Ponce de León en Puerto Rico, el primer gobernador de la Isla, oriundo de esa ciudad. Allí se develará una estatua de Juan Ponce de León y se le pondrá

el nombre de Puerto Rico a una de sus calles. Este acontecimiento se presenta como parte de una misión económica para promover a Puerto Rico como destino de inversión, resaltando los incentivos para la producción de energía renovable, incentivos de vivienda, desarrollos turísticos, entre muchos otros. Así que aprovechando que coincidimos para la celebración de los 500 años de la gobernación, deseo hablar sobre gobernantes, pueblos y fronteras.

La historia no es un referente sino la reconfiguración del presente para los que no pueden desprenderse de su ciudad-territorio.

Hoy hay cuatro millones de puertorriqueños en la Isla y más de cuatro en los Estados Unidos. No se marcharon del lar natal por la persecución política como le sucediera a Mario Vargas Llosa y que lo llevara a optar por la honrosa ciudadanía española y residencia madrileña, ninguna de las cuales lo hace menos peruano. Tampoco el escribir en inglés hizo menos polaco y ruso a Conrad y Nabokov. Igual sucede con autores puertorriqueños que hoy día escriben en inglés sin dejar de ser puertorriqueños o experimentan posibilidades de unir dos o más idiomas.

En sus escritos sobre Puerto Rico, Vargas Llosa claramente se refiere al devenir de un pueblo escindido de España como resultado de una guerra, adosado a los Estados Unidos, y subsiguientemente dividido por la necesidad y por la conveniencia de intereses con mayor fuerza que éste en el Congreso americano que detenta y ostenta su soberanía. Los pueblos no tienen ante sí las oportunidades y alternativas disponibles que tienen sus dirigentes ni mucho menos las que tienen los intelectuales. Pero pueden educarse y asegurar sus libertades para acercar lo que en el pasado estuvo vedado. Esta es la labor de un gobernante en sintonía con su pueblo.

Nos dice Walter Benjamín en el **Concepto de la Historia**, que escribiera antes de que escapara de los Nazi mediante el suicidio, que el ángel de la historia se asemeja al *Angelus Novus* de Klee, impelido por la fuerza del progreso, con las alas extendidas e imposibles de cerrar por la tormenta que lo empuja y, aunque quisiera detenerse para rehacer lo quebrado y deshecho ante sí, la tormenta que nace en el Paraíso lo impide y lo empuja al futuro. Esa tormenta es lo que llamamos progreso.¹

Un mundo en marcha

Al concluir la Gran Guerra, el Presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson insistió en el reconocimiento del derecho de los pueblos a la autodeterminación; no pudo prever que dicho reclamo habría de trastocar el mundo cincuenta años después, aún cuando las nuevas fuerzas fueran la descolonización, la revolución y la intervención de potencias extranjeras.²

El Senador Albert Fall, republicano de Nuevo México que se había convertido en estado en 1912, cinco años antes, se expresó de la siguiente manera,

Sr. Presidente, el problema con el gran Estados Unidos hoy día es que tenemos entre nosotros ciudadanos extraños, no verdaderamente ciudadanos americanos. Usted dice que somos un *melting pot* de todas las naciones del

¹ Citado por David Kaufman en "Gathering Storm," *Tablet*. 28 de diciembre de 2010. También lo cita Rodríguez Juliá en **Caribeños**.

² Eric Hobsbawm, **Naciones y Nacionalismo desde 1870**. Barcelona: Crítica, 1991. Página 188.

mundo. Pues es verdad, y tenemos una sobredosis de ello.³ (53 Congr. Rec. Hearings, Página 3009)

Sin excusar el racismo abierto de la época es menester señalar que en 1910 la población de Estados Unidos era de un 14.7 % nacida en el extranjero, la mayoría de origen sur y centro europeo. Solamente de 1860 a 1930 la cifra superó el 11%. (U.S. Bureau of the Census, *Nativity of the Population and Place of Birth of the Native Population: 1850 to 1990*. Marzo 9, 1999. Precisamente en medio de la reacción a esta población inmensa de extranjeros fue que Puerto Rico entró a la nación americana, lo que llevó a la instauración del trato diferente y desigualⁱ aún vigente en formato menos patente. Hoy es un 12% (U.S. Census Bureau. "Nation's Foreign-Born Population Nears 37 Million", 19 de octubre de 2010), en su inmensa mayoría provenientes de Latinoamérica, donde una tercera parte del total de extranjeros son oriundos de México.

La tensión entre los grupos nacionales y étnicos no se resuelve fácilmente, aún en una democracia. Estas cifras llevaron a aumentar las restricciones de entrada a inmigrantes como ahora algunos pretenden. El cambio de la Ley en 1965 favoreció a miembros de familia de los inmigrantes ya en la nación; el relajamiento de normas y ejecución de las leyes resultó en el crecimiento una vez más a niveles de hace más de cien años, lo que ha hecho renacer la idea de mayores controles, ahora avivadas por la recesión económica.

Sin embargo, en las elecciones de 2010 Susana Martínez fue electa gobernadora de dicho estado por el mismo Partido Republicano del Senador Fall y Bill Richardson, demócrata, de madre mexicoamericana, la precedió.

Los norteamericanos de ascendencia mexicana en el Oeste fueron originalmente, como lo fueran los puertorriqueños, minorías nacionales puesto que provenían de territorios conquistados. Con los años, y al desplazarse a todo lugar en la nación y darse la integración política y económica, dicha definición política comenzó a trocarse por otra, la de minorías étnicas.

Ahora hay más puertorriqueños en los cincuenta estados de la Unión que en Puerto Rico, y los de los estados tienen una población creciente muy por lo contrario a los de la Isla que se redujeron en más de ochenta mil en la década pasada.

Aquellos inmersos en el quehacer de gobierno tienden a adquirir una visión muy corta del devenir de un pueblo si permiten que la cotidianidad, la crisis sobre crisis que exige atención inmediata, les arrobe. Cuando así sucede sobrevienen males mayores. Los triunfos, que tanta satisfacción brindan, se desvanecen pues el progreso muchas veces no está dónde uno lo busca. Para mantener el balance y acercar la cordura es menester recordar que algunos triunfos tienen un precio inmenso, y lo paga, particularmente, el que no tiene voz si ese mismo gobernante se

³ Mr. President, the trouble with this great United States today is that we have among our numbers alien citizenship, not true American citizens. You say we are a melting pot for all nations of the earth. Yes, sir; and we have had an overdose of it. We have not been able to digest it. 53 Congr. Rec. Hearings, página 3009.

hace sordo a sus reclamos. Hoy día es menester hablar directamente con el pueblo, con el que siente y padece.

Una marcha forzada

“Váyanse a otra parte, Estados Unidos es ancho y ajeno,” fue la consigna hace tres generaciones. En aquel momento, nuestro filósofo gobernador Don Luis Muñoz Marín tomó una dura decisión al acelerar la migración al Norte para lograr una mejor vida, tanto para los que quedaran y las generaciones venideras en nuestra Isla como para dar la oportunidad a los que se marchaban para lograr una vida menos estrecha. La tesis del desarrollo requería el control del crecimiento poblacional y la reducción de la demanda sobre servicios gubernamentales. Puerto Rico perdió en una década una cuarta parte de la población, casi quinientos mil seres humanos, en su inmensa mayoría jóvenes que recién se adentraban en la vida llenos de ardientes ilusiones. Esa generación perdida sobrevivió lo suficiente, por la reciedumbre que nos hizo pueblo y nos hace pueblo, para afincarse como elemento creativo en la democracia de los Estados Unidos. Confirmó la posibilidad de que una minoría nacional se convirtiera en grupo étnico sin perder su lengua materna ni los atributos culturales definitorios y, mucho más importante, lo hizo sin control del territorio en el que vivían. Esta realidad coyuntural se dio, particularmente, puesto que la última generación puertorriqueña en Estados Unidos ha estado acompañada de una población esencialmente monolingüe, la de los nuevos inmigrantes, muchos de origen mexicano y centroamericano, poblaciones también subalternas. Lo que sugiero es que la larga historia de la Isla-pueblo que es Puerto Rico como frontera de España brindó los instrumentos para ello.

La escuela pública, de la misma manera que había reclutado tropas para la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en el medio acelerador de la fuga del pueblo hacia un bien mayor que conllevaba, como el mismo Gobernador afirmó en 1954, correr el curso de las otras migraciones al Norte. Tan duro era ese futuro que no pudo advertir directamente lo que en aquella época se consideraba irremediable: la asimilación: la pérdida de la identidad puertorriqueña al sumergirse en el *melting pot* americano. De la misma manera se creía habrían de perder el lenguaje; Esa reciedumbre que nos hiciera pueblo bajo España se impuso a la historia de las migraciones al Norte.

El lenguaje, dice Castells, es un atributo fundamental del reconocimiento propio de un pueblo y establece unas fronteras nacionales menos arbitrarias que el territorio y menos exclusivas que la etnicidad.⁴

La migración inducida por el gobierno se acompañó de un esfuerzo correctivo en Puerto Rico: Operación Serenidad cobijada bajo el Propósito de Puerto Rico. Hicimos música con Pablo Casals, ese ilustre español, fundador del Conservatorio de Música de Puerto Rico, mi alma mater, y también recitamos con Juan Ramón Jiménez. Parte de éste esfuerzo fue la organización del Instituto de Cultura Puertorriqueña que puso en manos del gobierno y de excelsos alquimistas un instrumento que trocara el nacionalismo político por el cultural.

⁴ Manuel Castells, *The Information Society: Economy, Society and culture. Volumen II, The Power of Identity*. Segunda Edición. Blackwell, 2000. Página 52.

Aún esperan los autonomistas por poderes que asemejen nuestro gobierno a lo que España concedió en el 1896. Si hay renuencia en las corporaciones multinacionales de apoyar el integrismo estadista, mayor la hay en Gobernadores, Representantes y Senadores de brindar a Puerto Rico poderes que ellos no tienen como estados constituyentes de la federación americana. Pueden vivir con el sistema que tenemos solamente por entender ellos que es una gracia y concesión sin permanencia y, particularmente, por que a través del estado de excepción separan lo que hoy día es una comunidad política con un poder potencial inmenso como estado de la Unión. Preciso es recordar que los estados de excepción nacen de los estados de emergencia, de medidas de protección del ente político que es el estado.

La relación que se vive con los Estados Unidos se montó, como todas las grandes revoluciones, sobre el dolor y sacrificio de una minoría por un bien mayor, sobre el envío de una cuarta parte de nuestra población a conciencia a los encierros agrícolas de Nueva Jersey y Connecticut, a los guetos de Nueva York y Chicago.

Mas el progreso no siempre se halla donde se busca según Milán Kundera. Aquel pueblo que supuestamente marchó al exterminio cultural hoy es parte vibrante de la cultura y frontera de la Hispanidad. Contrario a las migraciones anteriores, los padres no exigieron a sus hijos que abandonaran el español ni las expresiones culturales que los definían. Otro fenómeno que marca una diferencia fundamental con las otras migraciones es que aquél pueblo condenado al gueto sin posibilidad de expresión política propia vive hoy en la Nación segunda en número de hispanoparlantes. El aumento en la población hispanoamericana es tal que casi una cuarta parte de los americanos son de origen hispano. Un informe reciente del *Modern Languages Association* señala que hay 800,000 estudiantes de español en las universidades americanas, y que tal suma es mayor que todos los que estudian otros idiomas extranjeros.

Otro fenómeno es que ya se observa la integración política al grado que en las últimas elecciones un puertorriqueño alejado de las concentraciones del Este y el Mediano Oeste, fue electo representante a la Cámara de los Estados Unidos, en el estado de Idaho, por una población que tiene no más de un puñado de boricuas. Este se une a tres puertorriqueños de zonas tradicionalmente pobladas por boricuas en Nueva York y Chicago. Además, en la Florida central, se perfila la elección de otro boricua al Congreso.

Tal parece que los hispanos en la Nación americana han recobrado a la Florida y al Oeste americano para la Hispanidad. En la Florida central los puertorriqueños dominan las elecciones y, por la característica del estado de votar lo mismo demócrata que republicano, el estado balancín, el puertorriqueño se ha posicionado, por su independencia de criterio, como esencial a las elecciones estatales y nacionales.

Marco Rubio, recién electo Senador por la Florida, nacido en Cuba, se perfila como posible candidato a la vicepresidencia de la Nación. Dos gobernadores mexicoamericanos fueron electos, Susana Martínez en Nuevo México y Brian Sandoval en Nevada. De una minoría sin poder, callada, al margen de la vida política hace cincuenta años, los hispanos constituyen una cuarta parte de la población de los Estados Unidos. La Hispanidad vive ahora los Estados Unidos como ha vivido en las otras Américas por cientos de años.

La coyuntura demográfica y sus efectos culturales causan consternación en los que insisten en una unicidad cultural. El sentir no es único a los Estados Unidos; lo viven todas las democracias que toleran la diversidad hasta que la diversidad rehace ese pueblo en lo mismo que es, pero en mucho más.

Por muchos años, en Puerto Rico no se aceptaron los *niuyoricans* como iguales, los regresados de la diáspora de los años 50 o nacidos en los Estados Unidos. Para los ideólogos del patio, estos advenedizos tenían una cultura y un español defectuosos. La condición social se acompañó de la política al descubrir los que más duramente los juzgaban que estos advenedizos eran, por su residencia y el poder de votación que a diferencia de ellos, aunque ciudadanos carecían dada su residencia isleña, que eran esenciales al futuro de nuestra Isla y las relaciones con los Estados Unidos.

Con el tiempo nos refundimos en un solo pueblo pues todos, no importa su condición social tenían y tienen un *niuyorican* cerca del seno familiar. Propiamente estos *niuyoricans*, para los puertorriqueños se convirtieron en un grupo étnico dentro de su ser y, los puertorriqueños en sí, rebasaron su carácter de minoría nacional para convertirse en un grupo étnico en el medio americano.⁵ Lo mismo pudiera decirse de los mexicoamericanos que se han dispersado por toda la nación sin perder las comunidades tradicionales pero ahora se hallan fortalecidos políticamente por un grupo que para los políticos norteamericanos es similar, el mexicano que ha trasvasado las fronteras.

Esta frontera de la Hispanidad, caracterizada por minorías nacionales que se han integrado como grupos étnicos a la Nación gracias a la movilidad y a la ciudadanía, y ahora reforzada por cubanoamericanos, dominicanos y salvadoreños y otros centroamericanos, también es la frontera del mundo anglosajón. Esta concentración de pueblos han imaginado una historia común más allá del pasado reciente que ha resultado en la creación del concepto de ciudadanía cultural⁶ al abrir un espacio propio en los Estados Unidos, espacio que es la Hispanidad en una de sus muchas manifestaciones aunque los que se consideran dueños del concepto no lo reconozcan por Estados Unidos no ser parte de la conquista y colonización original.

De hacerlo, puede que se sientan que injertan en el concepto algo demasiado extraño como sintiera el Senador Fall de Nuevo México con Puerto Rico y los puertorriqueños en 1917. Después de todo, Estados Unidos es la segunda nación de hispanoparlantes en el Mundo.

Cada una de nuestras comunidades en los Ángeles, en la Florida, en Nueva York, en San Antonio, en el mismo Washington, D.C. y zonas aledañas, cada hispano, uso la acepción en el sentido de la Hispanidad pero también en el sentido político de los Estados Unidos, es frontera de las dos grandes civilizaciones de Occidente que han sobrevivido a las confrontaciones y reorganización que trajo el Siglo XX y que ya son dos de las cuatro civilizaciones mundiales, junto a las milenarias de la China y de la India. Sus fronteras, donde vive la democracia, son germen de

⁵ Seyla Benhabib, *The Claims of Culture, Equality and Diversity in the Global Era*. Princeton, 2002. Página 63.

⁶ Edna Acosta-Belén y Carlos E. Santiago, *Puerto Ricans in the United States, A Contemporary Portrait*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner, 2006. Página 165.

cambio y del futuro. Tiene fronteras externas con el mundo extra hispano e igualmente fronteras internas entre si. ¿Por qué han de comportarse de manera uniforme cuando ese no es el caso de las otras comunidades que integran la Hispanidad?

No hay punto y aparte en la historia, solamente punto y seguido. Las fronteras patrias rebasan las del estado como también deshacen al estado que no tiene la capacidad de reconocer y celebrar la diversidad. En los Estados Unidos algunos han aprendido que los gobernantes se empequeñecen cuando no pueden reconocer las grandezas de todos sus pueblos a lo largo de la historia. Ahora bien, el mensaje no siempre llega con igual fuerza y vigor a los que rigen el estado como a los que rigen las comunidades tradicionales.

De la misma manera que todo gobernante debe llevar en el corazón un detente a la herejía, también debería llevar consigo el regalo de estas tierras de tierras, tierra de pueblos, tierra de mundos, el sentido de lo que somos y que, posiblemente al convertirse esta tierra en frontera de la humanidad, pudo pensarse lo que tenía que pensarse pero que pocos hoy en día quieren aceptar. El regalo a la humanidad de este siglo donde se exploran las fronteras de América es la humanidad misma.

Frontera del mundo

Puerto Rico bajo España fue frontera, primero con un mundo por conocerse y después frontera con los imperios europeos que hicieron del archipiélago caribeño, repique de cada casa y antojo imperial. Puerto Rico creció y forjó un ritmo propio con lo más recio y resistente que tuviera España; marcharse al Perú o a México, y aún Tierra Firme era la oportunidad de hacer una fortuna. El marchar a Puerto Rico era salir de una vida dura y difícil a otra igualmente dura y difícil en una Isla sin depósitos de oro y plata pero de espacios sociales abiertos a muchas libertades. Así nos hicimos un pueblo los hijos de todos los rincones de España, de sus judíos y de sus moros de quienes aprendimos que la proximidad al poder abrasa, de los hijos de dingas y mandingas que robamos a África y nos enseñaron en carne propia lo que el poder y autoridad pueden hacer y deshacer, de los hijos de los indios tanto caribes que asomaban a nuestras playas como taínos que nos enseñaron cuán fácil se pierde un mundo y una vida, pero también de franceses, corsos, napolitanos, filipinos, dálmatas y otros pueblos que escogieron las libertades inmensas que brindaba un pueblo alejado del fasto imperial. De abigarrada muchedumbre, hicimos un pueblo. Y aún hacemos.

Las guerras de independencia de América nos rehicieron en otra frontera, una frontera en la misma experiencia americana y también en una hispanoamericana. Refugiáronse cientos de familias realistas en la isla; poco después, los franceses y criollos que habían sobrevivido la fiebre amarilla abandonando a Haití para cobijarse en Nueva Orleans, descubrieron las ventajas de la Cédula de Gracia.

Nos convertimos, junto a Cuba, en la cara de España en América. En la frontera española en América, no solamente frontera con las repúblicas hermanas sino con los Estados Unidos. Es necesario destacar que para mediados del siglo XIX ya Estados Unidos recibía un treinta por ciento de exportaciones.

Ese carácter fronterizo no solamente permitió se templara la reciedumbre de nuestro pueblo en lo que nuestro escritor Puertorriqueño José Luís González llama un país de cuatro pisos, sino que permitió el cambio del 1898 sin disturbios que azotaran a la Isla. Sabíamos lo que éramos y conocíamos nuestra heredad. El sentir autonomista que era mayoritario bajo España se convirtió en el mismo sentir autonomista bajo los Estados Unidos. El republicanismo bajo España, en el republicanismo bajo los Estados Unidos.

Sin embargo, la independencia, que no floreciera bajo España, adquirió fuerza y violencia bajo los Estados Unidos; nuestros gobernantes y, cuando no ellos sus superiores, estaban, aquejados de un provincialismo ultramontano. El movimiento independentista se forjó gracias a la incompetencia de los enviados de Washington, pero también acunado por las grandes corporaciones norteamericanas para las que la igualdad de derechos y condiciones para Puerto Rico y los puertorriqueños era mal negocio. Todavía así muchas lo ven y tienen el poder en el Congreso para impedir dicha igualdad mediante alianzas con las huestes ultramontanas aún presentes en Washington.

La reformulación de la relación de los Estados Unidos y Puerto Rico a mediados del siglo pasado fue la formalización del estado de excepción, la institucionalización de la diferencia bajo el control de la Nación pero separadamente de la Nación. La jerarquización ciudadana donde unos son más iguales que otros. Esto es, la negación de la naturaleza humana animada por el racismo institucionalizado que dominaba a los Estados Unidos hasta muy pasado el medio siglo.

Reconvención

Son cuatro las civilizaciones que hoy dominan al mundo y cada una está asociada en gran medida con un idioma. Cuando Ostler publicara su obra sobre los idiomas del mundo⁷ señaló que el primero es el mandarín, con 1,052 millones de parlantes; el segundo el inglés con 508 millones, el tercero el hindi, con 487 y en cuarto lugar el español con 417. El próximo, el ruso, no llega a trescientos millones. Recientemente se informó que el español había sobrepasado al inglés.

Mucho más importantes que este ordenamiento parecen ser las visiones encontradas sobre la supremacía y la pujanza de una cultura donde nos aquejan imágenes de superioridad e inferioridad imbuidas en las generaciones pasadas, propias de otros tiempos y otras guerras, pero aún mantenidas vivas por los que necesitan usarlas para sus fines de manejo de causas y pueblos.

Comparto un mismo fenómeno desde dos puntos de vista. Claramente el español es el segundo idioma de los Estados Unidos; hay 48 millones de hispanos sin incluir los que viven en Puerto Rico. La concentración de hispanohablantes en ciertos lugares permite que discurra la vida sin la necesidad de hablar inglés, por lo que no pocas personas ven el español como amenaza al idioma nacional *de facto*, el inglés. La posición de intelectuales hispanoparlantes, en Puerto Rico

⁷ Nicholas Ostler, *Empires of the Word, A Language History of the World*. HarperPerennial, 2005. Página 526.

y fuera de Puerto Rico, tiende a ser la misma, pero a la inversa: el español está en peligro. La posición sobre la cultura sigue el mismo patrón.

Para los fundamentalistas políticos del Norte, el ethos nacional corre peligro por la influencia de los hispanos, y correría aún mayor peligro si Puerto Rico se integrara como un estado de la Nación americana con dos senadores y seis representantes a la Cámara y el poder electoral añadido por Puerto Rico a la Presidencia. Para nuestros fundamentalistas políticos el peligro es el mismo, a la inversa.

Aquellos que venimos de una cultura perennemente en la frontera que ha sido la avanzada del mundo reconocemos que el cambio es inevitable, posiblemente mucho más que otros que viven en el centro de la heredad. También reconocemos que éste fluye en ambas direcciones. Puerto Rico ahora es frontera de las dos grandes civilizaciones de Occidente. Esta condición es condición de vida como lo ha sido por los últimos 500 años pues por tantos hemos sido frontera. Pero ya no estamos solos. Una cuarta parte de la población de los Estados Unidos comparte esta condición.

El giro del español en vías de perderse hace unos años para convertirse en el segundo idioma, y hacer de los Estados Unidos una de las naciones de mayor hispanoparlantes, tiene el potencial de cambiar las relaciones entre las dos grandes civilizaciones occidentales mucho más que ley o disposición alguna. Ostler señala que en los grandes países que han sido esencialmente monolingües se tendrá que acomodar o hacer espacio para otros idiomas; entre ellos está los Estados Unidos con el español.⁸

Kundera vuelve a nosotros así como el ángel de Klee en la descripción de Benjamín. Aquel movimiento de pueblos, resultado de las mezquindades del poderoso, ha forjado un Nuevo Mundo, un Nuevo orden. Lo viven ustedes, lo vivimos nosotros, lo viven todos los países del mundo.

En este mundo le cabe al gobernante asegurar que aleja tanto el miedo como el odio del corazón de su pueblo para que no tema a la libertad; le cabe al gobernante llevar al pueblo a verse como es, para que así sepa lo que puede ser y hacer. Le cabe al gobernante poner a un lado sus preferencias personales para escuchar, sin filtros ni prejuicios, el habla y hablar de un pueblo. Esa es la tarea del gobernante, ese es su fin, estar atentos a la polifonía de nuestros pueblos sin dejar de escuchar el contrapunto.

⁸ Ostler, *op.cit.* Página 545,

Concluyo con una poesía de Marigloria Palma (“Costurera de amor,” **La Razón del cuadrante**, ediciones rumbos: Barcelona, 1968) que por estar lejos de Puerto Rico puedo decir sin que se desvirtúen sus símbolos por la política isleña.

Vamos a hacerle un nuevo traje al hombre
Bordado de palomas...
Vamos a hacerle las solapas de estrellas,
el cuello de olas altas, los bolsillos de pétalos.

Los calzones tendrán filos de alba
Y los hombros, contornos de senderos,
La tela será frágil para que se trasluzca
Su hermoso corazón barriendo ala.

En su corbata – de azul de tarde joven—
Le prenderemos una estrella abierta.
Los bolsillos tendrá llenos de arena,
De huellas de gaviotas, algas, conchas
Y amarrado a su cuerpo sin puntadas,
Será como cascada en descendencia.

Vamos a hacerle al hombre un nuevo traje
Que cambie su conciencia.
